

Jaime Malet

Sistema de estricta vigilancia

El Foro de Davos 2019 ha sido un *déjà vu* respecto de la cita anterior. Parece que el mundo se ha parado un año. Seguimos con las oportunidades de la inteligencia artificial, la robótica, el *blockchain* y la biotecnología; y con los retos del cambio climático y la ciberseguridad. Continuamos luchando por la paridad, la educación infantil y la erradicación de enfermedades. En el nivel geopolítico, los grandes asuntos se mantienen: el deterioro del orden liberal, la guerra comercial China-EE.UU., Siria y el Brexit. Sí se han producido cambios políticos en Latinoamérica, en México y Brasil y sobre todo la declaración de Guaidó en Venezuela, que nos cogió a algunos escuchando al presidente Sánchez en la sala principal, a 15 grados bajo cero en el exterior. Novedades que, siendo importantes, no cambian la fotografía del conjunto. Y lo mismo ocurre con el análisis económico. Como en el 2018, el mensaje ha sido que el largo periodo de crecimiento económico está en su fase final, aunque nadie sabe cuándo, ni tiene muy claro el porqué. En cuanto a nuestro monotema, como en años anteriores, ni uno solo de los cientos de debates lo ha mencionado siquiera.

Todo catalán que no sea cínico, fanático o desinformado debe admitir que el *procés* ha sido un desastre para el prestigio de Catalunya, su estabilidad económica y la convivencia. Por ello, el gran objetivo es impedir que un drama de esta magnitud vuelva a repetirse. ¿Cómo? Muchos piensan que la manera de salir de este embrollo es seguir intentándolo. Provocar de nuevo la reacción de la justicia y así fomentar el victimismo que permita aumentar la base social. Con ello y una persistente labor de desprestigio de España, volver a intentar recibir el apoyo de la comunidad internacional. De nuevo, quien no sea cínico, fanático o desinformado reconoce ya a estas alturas que los países no se escinden así como así y que el camino *cuanto peor, mejor* no lleva a ningún sitio, salvo a la decadencia, y quizás también a la violencia. La Constitución exige,

J. MALET, presidente de Telam y AmChamSpain

como todas las del mundo, unas mayorías reforzadas para cambiar su artículo 2, que proclama la integridad territorial. No sería democrático que el 7% de los votantes de España (47,5% de los catalanes) pudiese escindir una de sus partes sin las mayorías reforzadas exigibles para cualquier otro cambio constitucional. Ningún país con una democracia de más de una década se ha segregado hasta la fecha, y los únicos que han permitido un intento (Canadá y el Reino Unido) han consensuado antes una mayoría suficiente en sus parlamentos estatales. En otras palabras, salvo que dejemos de ser una democracia, un referéndum de secesión sólo sería posible si lo permitieran mayorías reforzadas en toda España, y eso no pasará.

Otra vía con grandes adeptos es intentar un pacto entre el Estado y las fuerzas independentistas. Algunos piensan que con una política de *contentamiento* se rebajarán los objetivos del independentismo y, al quitar razones mediante mayores competencias, disminuirán las mayorías que buscan romper con el orden constitucional. Algunas de estas ofertas bienintencionadas incluyen blindar competencias en educación, cultura, lengua y ordenación territorial, ampliar las competencias fiscales y cambiar el nombre de algunas instituciones y textos, reforzando la *apariencia de Estado*.

Desde mi punto de vista, pensar que la solución es la concesión de más autogobierno no se sustenta bajo los prismas de la experiencia y de la lógica. Presumir lealtad de los independentistas es un error. El independentismo ha utilizado todos los resortes de poder a

su alcance y utilizaría estas mayores competencias sobre los centros educativos, la lengua o los contribuyentes. Los líderes ya han manifestado que nada les parará, y difícilmente la población que los apoya va a cambiar su sentido de voto por estos cambios que se venderán como insuficientes. Sin lealtad, cualquier

lizar competencias y privar de libertad a todos aquellos que hayan subvertido el orden constitucional y, esta vez, quizás también a sus colaboradores necesarios. Llegar a ese punto por segunda vez sería un golpe definitivo para la convivencia y prosperidad de los catalanes. Pero hay una opción. Establecer estrictos sistemas de *vigilancia ex ante* que impidan que nadie se salte la legalidad. La administración y el dinero de los contribuyentes no pueden servir para adoctrinar a la población. La educación, los medios públicos de comunicación, la policía, el espacio público, las oficinas exteriores de promoción económica, las infraestructuras tecnológicas y un largo etcétera no deben ser considerados, nunca más, como *estructuras de Estado*, es decir, instrumentos pagados por todos los catalanes para alcanzar la independencia deseada por unos cuantos. El sistema tiene que reforzarse en

Cataluña y también en el resto de las comunidades autónomas, donde en muchos casos también se ha abusado del poder autonómico para crear regímenes todopoderosos, asfixiantes y omnipresentes, a veces corruptos. Este es el objetivo: un sistema de estricta vigilancia en todas las comunidades autónomas, mejorando los mecanismos de supervisión en el ordenamiento jurídico, sin necesidad de recentralizar. Un sistema que impida de antemano la utilización de las instituciones para dinamitarlas, sea por corruptos, por extremistas de derecha o izquierda o por soberanistas. Y, dentro de claros cauces de buena gobernanza y neutralidad institucional, que cada uno piense lo que quiera.●



PERE DURAN / NORD MEDIA

Hay que establecer un mecanismo que impida la utilización de las instituciones para dinamitarlas

nueva competencia transferida sólo servirá para aumentar las probabilidades de llegar al escenario no deseado.

Ese escenario, al que a mi juicio llevan irremediamente los dos anteriores, es esperar un nuevo desbordamiento de la legalidad para suspender otra vez la autonomía, recentra-

Gabriel Magalhães

El formalismo luso

Los portugueses solemos ser formales. Dos lusos ante una puerta a veces se pierden en un ballet de delicadezas, cediendo el paso al otro abrumadoramente. La puerta se transforma así en un obstáculo casi insalvable, un grave problema diplomático. A veces dos puertas consecutivas son la solución, permitiendo un intercambio equitativo de medidas y prioridades. Confieso que me siento bien en una sociedad con este sistema de amortiguadores.

Claro que uno también aprecia el teatro social español, en el que tanta gente se saluda lanzando petardos amistosos. Mientras sean simpáticos esos estallidos, ese cañoneo de gracias y saleros, esta amable zarzuela resulta agradable. El problema es que, cuando surgen enfados, uno viaja demasiado cerca del coche delantero y ya casi no hay tiempo de frenar. Choque seguro, pues, con todo tipo de estropicios. La lejanía portuguesa, al contrario, permite que, antes del accidente, uno pueda aparcar tranquilamente en el arcén.

En realidad, el formalismo luso, que tiene origen en el peso de la aristocracia en nuestra cultura, se reforzó mucho en el siglo XX, en una época en la que la nobleza ya no dominaba. De hecho, las primeras décadas de esta centuria fueron terriblemente violentas en Portugal. En 1908, se asesinaba en las calles de Lisboa al rey y al príncipe heredero, que viajaban en un carruaje abierto. Después de

la revolución republicana (1910), se calcula que hubo, entre 1915 y 1920, 1.500 muertos por motivos políticos o disturbios públicos. En la llamada *noche sangrienta* del 19 de octubre de 1921, un camión siniestro circuló por la capital llevándose a varios hombres ilustres, entre ellos al entonces presidente del gobierno, Antónío Granjo, que fueron ejecutados. Granjo, que además fue torturado, quedó irreconocible.

Siempre hay anécdotas familiares, que son como íntimas notas a pie de página que confirman el texto de la historia nacional. Cuando mi suegra era un bebé, entró, por la ventana de la habitación donde se encontraba con su madre, una bala que se incrustó en la pared. Ese era el ambiente. Y esta es una de las razones por las cuales la sociedad portuguesa aceptó la revolución militar de 1926 y, después, a partir de 1928, la influencia de Salazar, que derivó hacia el autoritarismo del Estado Novo.

Fue por esos años que se reforzó el culto de las formas, de las etiquetas sociales. Estos laberintos de la delicadeza tenían dos sentidos: por una parte, el respeto a las jerarquías, muy importante en el nuevo régimen, y, por otra, cada medida, cada gesto suave era una bandera blanca que se izaba, significando que uno venía en son de paz. Que el tiempo de la violencia desatada había quedado atrás. Lo primero, la veneración de los jefes, consti-

tuye algo sin duda negativo. El salazarismo fue una dictadura, con aspectos atroces, imperdonables. Pero lo segundo, la idea de que la buena educación es sencillamente una forma pacífica de convivencia, tiene un gran valor para nuestras sociedades democráticas. Más aún, es una de las claves de la democracia. En realidad, el salazarismo fue la dictadura europea de aquella época que mejor supo disfrazarse de otra cosa, y la elegancia, los buenos modales fueron lo esencial de ese

La idea de que la buena educación es una forma pacífica de convivencia tiene un gran valor en democracia

maquillaje. Antónío de Oliveira Salazar parecía todo un caballero, comparado con el griterío de Hitler o el ademán barriobajero de Mussolini. No obstante, las máscaras cayeron cuando se desencadenó, en los años sesenta, la guerra colonial. Y, afortunadamente, la revolución de 1974, con los claveles en la boca de los fusiles, mantuvo la tradición de la amabilidad.

Y esta suavidad es algo que necesitamos en la Europa presente. "Order! Order!", grita,

enronquecido, el *speaker* del Parlamento británico. En Francia, los *chalecos amarillos* no son un ejemplo de delicadeza. En España se dan terribles estocadas políticas, lo mismo que en Italia. Después de muchos años, demasiados, de vertiginoso crecimiento económico oriental y de algún estancamiento en Occidente, hay cada vez más gente acorralada. Estrangulada suavemente por las circunstancias. Sólo el que lo sufre sabe cómo es esta muerte sin muerte que va enterrando viva a una parte de la sociedad en Europa y América.

Surgen, pues, líderes, voces públicas apuntaladas en su propia grosería, que se nutren de la desesperación de las personas. Es el caso de Trump, que será seguramente una pesadilla mundial si logra un segundo mandato, sin la pulsera electrónica de las próximas elecciones, que aún lleva en el tobillo. Lo acompañan otros rostros de la actual política europea. Todos se presentan como valedores del pueblo, pero la brutalidad que irradian insinúa otros horizontes, no pluralistas. Si nos dejamos arrastrar por este culto de la intolerancia, ganarán ellos. Mantener la propia dignidad, la elegancia en el disentir, por muy duras que sean las circunstancias, constituye hoy en día una manera de defender las libertades y la democracia. Y esta es una discreta, amable manifestación en la que uno puede participar todos los días.●